

I

Si la buena acogida y el aprecio que halló Cicerón en César y su partido lograron suavizar su dolor por la pérdida de la libertad de su patria, no pudo hallar igual consuelo en su nuevo matrimonio y en sus disgustos caseros. Es verosímil que sus trabajos proviniesen de sus hijos, repugnándoles sufrir una madrastra, mientras vivía fuera de casa su madre. Su hijo se empeñó primero en que el padre le señalara con qué mantenerse para ir á servir en el ejército de César en España, como había ido ya su primo Quinto; pero por muchas y buenas razones Cicerón no se lo concedió. Después quiso vivir en casa aparte, y, por último, pudo convencerle su padre de que fuese á estudiar á Atenas, dándole pensión suficiente para vivir con tanto boato como los jóvenes romanos de familias patricias que estudiaban en aquella escuela. Desembarazado así Cicerón de los disgustos que le causaba el hijo, sufrió uno de los más grandes dolores de su vida por la muerte de su hija Tulia, que, á la edad de treinta años, falleció de parto en casa de su marido Dolabela, á pesar de estar ya divorciada. Tulia era persona de extraordinario mérito y amaba á su padre con la mayor ternura y respeto. El sentimiento de éste fué grandísimo, y César mismo, en medio de sus inmensas ocupaciones, le escribió desde Sevilla una carta de pésame. Lo mismo hicieron Bruto, Luceyo, uno de los más elegantes escri-

tores de aquel siglo, y Servio Sulpicio, cuya carta se conserva como modelo de elocuencia de este género.

Todos los consejos de sus amigos servían de poco á Cicerón, y sólo hallaba alivio en la lectura y en escribir, por lo que se ocupaba en esto continuamente. Fué lo primero que compuso un tratado particular de consolación, el cual confiesa le sirvió de mucho alivio y dice lo escribió cuando el dolor y la aflicción le tenían turbada la cabeza, pero que se violentó á sí mismo para que lo activo del remedio superase lo fuerte del mal; contra el dictamen de Crisipo, que aconseja no se apliquen los remedios al principio de la enfermedad. Esta obra fué muy conocida de los primeros padres de la Iglesia y en particular de Lactancio, que nos ha conservado algunos fragmentos. Después se perdió. El tratado que hoy tenemos con este título es supuesto, y atribuído falsamente á Cicerón.

En dicha obra se propuso dos fines, uno aliviar su dolor, y otro inmortalizar la memoria y virtudes de su hija; y como su tenura por ella no tenía límites, concibió la extraña idea de edificar y dedicarla un templo, erigiéndola en diosa.

Los filósofos antiguos creían que las almas humanas venían de la divinidad, y que las que en esta vida habían sido viciosas é impuras, quedaban oprimidas en el lodo y las tinieblas; pero las inocentes, puras, íntegras é instruídas en las ciencias y bellas artes, se restituían á su origen, participando eternamente de la divinidad. Es natural que Cicerón, en las circunstancias de la pérdida que acababa de sufrir, abrazase esta opinión con más gusto, y así no reparó en declarar que, á imitación de los antiguos que consagraron y divinizaron muchas personas de excelentes cualidades de ambos sexos, como, por ejemplo, de las familias de Cadmo, Anfitríon y Tíndaro, quisiera elevar á Tulia al

mismo honor por parecerle que le merecía más que ninguna otra criatura hasta entonces. «Sí, decía arrebatado por su ternura, sí; te quiero divinizar, hija mía, porque eras la mejor y la más instruída de todas las mujeres. No lo desaprobarán los dioses, y así quiero colocarte entre ellos para que seas adorada de todos los mortales».

En sus cartas á Atico se hallan los testimonios de esta resolución suya y de la impaciencia que tenía por ejecutarla. «Quiero, le dice, edificarla un templo, y ninguna cosa me lo puede disuadir... Si no lo concluyo este verano, creeré haber cometido un gran delito... Me juzgo obligado á ello por el voto más solemne que nadie haya hecho jamás».

Según se colige, su intención era hacer un edificio suntuoso. Su arquitecto había formado el proyecto, y tenía ya hecho el ajuste de las columnas de mármol de Chío con un escultor de aquella isla, en la cual se hallaba un mármol de los más estimados, y su escuela de escultura tenía gran reputación en toda la Grecia.

La razón por que determinó edificar un templo y no un sepulcro, era porque para lo primero no había limitación de gastos, y para lo segundo las leyes imponían á favor del erario una contribución igual á todo el coste de la obra; pero dice que no fué éste su principal motivo, sino el de hacer la apoteosis de su hija. La dificultad que le detenía era hallar sitio como lo deseaba. Pensó comprar un jardín á la otra parte del Tíber, que estaba cerca de la ciudad y tan expuesto á la vista, que por su situación atraería las adoraciones de muchos. Por eso encargó á Atico que se lo comprase á cualquier precio, sin reparar en el estado presente de su fortuna, diciéndole que de buena gana empeñaría toda su hacienda, reduciéndose á lo puramente necesario por conseguir aquella dulce satisfacción.

«Los bosques y parajes remotos, dice, convienen á las deidades cuyo culto y nombre están ya bien establecidos; mas para la deificación de los mortales son necesarios sitios obvios y frecuentados que den en los ojos y exciten la curiosidad del pueblo».

Sin embargo, halló tantas dificultades en la compra de dicho terreno, que á fin de excusarlas y ahorrar gastos, le aconsejó Atico edificase el templo en alguna de sus propias heredades. Ya estaba casi determinado á hacerlo por no dejar pasase aquel verano sin haber empezado la obra, pero le detuvo la resolución sobre la heredad que escogería. Reflexionó además que las haciendas varían de dueños, y que no estando las suyas exentas de mudanza, podía temerse que algún nuevo poseedor le hiciese perder el fruto de su celo, dejando que el templo se arruinase ó convirtiéndole en algún otro uso.

Con toda esta impaciencia y deseos, ignoramos si llegóse á edificar el templo; á lo menos, no se halla noticia de él en ningún autor antiguo, y es inverosímil no hubiese alguno celebrado un edificio tan singular si realmente hubiera existido. Quizá entibiándose el dolor de Cicerón y mirando su proyecto con más filosofía, conoció la insubsistencia y vanidad de tales monumentos, cuya duración, á lo más, se extiende á pocos siglos.

Lo cierto es que no se hizo nada aquel verano; y el año siguiente, la muerte dada á César le impediría pensar en semejante obra por la inmensidad de negocios y cuidados en que se halló envuelto de resultas de aquel suceso. Sin embargo, siempre le quedó viva la idea de efectuarla, pues por sus cartas vemos que hacía todos los ahorros posibles con el fin de emplearlos en ella; pero lo poco que vivió después fué con tantas agitaciones y cuidados, que, naturalmente, no pudo ejecutar lo que le pedía la ternura de su corazón.

Le era tan agradable la soledad, que nada aborrecía tanto como las visitas. Filippo, suegro de Octavio, su amigo, fué á pasar algunos días en el campo, cerca de su casa, y temió que le importunase con sus visitas. Cuando se fué de allí tuvo tanto gusto, que lo participó á Atico como noticia agradable. Publilia, su mujer, le pidió con mucha instancia permiso para ir á verle acompañada de su madre y hermano, pero la respondió que entonces, aun más que la primera vez que se lo dijo, necesitaba estar solo; y no fiándose de que dejasen de ir, encargó á Atico observase lo que ejecutaban. Esto acredita en algún modo lo que dice Plutarco, que Cicerón no estaba bien con su mujer, porque había tratado mal á Tulia y mostrado alegrarse de su muerte. No la perdonó su marido esta dureza de corazón ni la pudo sufrir más; de suerte que tomó el partido de divorciarse, aunque le incomodaba mucho la restitución de la dote.

Su ejemplo dió motivo á Bruto para repudiar á su mujer Claudia y casarse con Porcia, hija de Catón y viuda de Bíbulo, pero el público se lo desaprobó por no haber tacha que poner á Claudia por la nobleza ni por las costumbres, pues era hermana de Apio Claudio y parienta cercana de Pompeyo, de modo que Servilia misma, madre de Bruto, tomó partido á favor de Claudia contra su propia sobrina. Bruto consultó á Cicerón sobre su divorcio y éste le respondió que, si se resolvía á hacerlo, lo hiciese pronto para evitar las hablillas del público, el cual no podría acusarle de adulador ni interesado casándose con una hija de Catón. Bruto siguió su consejo.

Comenzó aquel verano con un caso que horrorizó la ciudad. Marcelo, á quien César había perdonado, partió de Mitilene para volver á Roma, y habiéndose detenido en el Pireo, puerto de Atenas, para pasar un solo

día con Servio Sulpicio, su colega y antiguo amigo, fué asesinado por Magio, que era su mayor confidente, el cual, hecho el asesinato, con el mismo puñal se atravesó el corazón. Sulpicio escribió á Cicerón el suceso trágico en estos términos :

Servio Sulpicio á Cicerón.

«Mucha pena te causará lo que voy á escribirte, pero ya que nuestra vida está sujeta á la naturaleza y á la suerte, te diré el hecho, simplemente el hecho, y tú lo explicarás como gustares. El 22 de Mayo llegué por mar de Epidauro al Pireo para ver á mi colega Marcelo, con quien pasé el día con el mayor gusto. La mañana siguiente me despedí de él con ánimo de ir á concluir mi comisión de Boecia, y él me dijo que se iba á embarcar inmediatamente para Italia.

»Al siguiente día, mientras yo me preparaba para partir de Atenas á las cuatro de la mañana, vino Publio Postumio á decirme que Publio Magio Cilon había asesinado á Marcelo, su grande amigo, después de cenar, dándole dos puñaladas, una en el estómago, y otra junto á la oreja, pero que aun quedaba con alguna esperanza de vida; que Magio, después de su negro atentado, se había muerto á sí mismo, y que Marcelo le enviaba para que me informase de su desgracia y le enviase cirujanos.

»Corrí á buscarlos sin detenerme un punto, pero al llegar al Pireo encontré un criado de Acidino que me traía un billete de su amo, en el cual me avisaba haber expirado Marcelo poco antes. Así ha acabado su vida un hombre de tanto mérito por mano de un infame, y uno á quien su dignidad y su mérito habían hecho respetable hasta de sus enemigos, ha perecido por la perfidia de un amigo traidor.

»Fuí á la tienda donde estaba el cadáver, y hallé dos de sus libertos con algunos pocos esclavos, porque los demás, todos habían escapado en la primera consternación. Yo hice que mis criados pusiesen el cuerpo en mi propia litera y le llevé á la ciudad, donde le dispuse un entierro con toda aquella pompa que las circunstancias de Atenas me permitieron.

»No fué posible obtener de los atenienses un lugar dentro de la ciudad para sepultura, porque su religión no les permitía concederme este favor, y efectivamente, supe que á nadie lo han concedido. Me permitieron, no obstante, que escogiese alguna de sus escuelas públicas, y yo he elegido la Academia, como el sitio más célebre del universo. Allí he hecho quemar el cuerpo y he dejado orden para construirle un monumento de mármol, con lo que creo haber cumplido tanto en vida, como en muerte, con todas las obligaciones de amigo y de compañero. Adiós».

Marco Marcelo era cabeza de una familia que por muchos siglos hacia uno de los primeros papeles en la República, y estaba dotado de cualidades correspondientes á su nacimiento. Tenía su elocuencia un carácter particular que le distinguía en el Foro, y de todos los oradores de aquel tiempo era el que más se acercaba á Cicerón. Su estilo era elegante, nervioso y profundo, su voz agradable, su acción noble y graciosa: constante admirador de Cicerón, proponiéndosele por modelo, sus principios políticos eran iguales, y en la guerra habían seguido el mismo bando. Por esto sintió mucho Cicerón su muerte, pues con ella perdió un amigo, un consejero en los negocios, y un compañero en los estudios.

Marcelo fué el magistrado que con más celo y eficacia se opuso á las ideas de César. Su espíritu elevado y el antiguo esplendor de su familia, hacían le inspirase

la mayor antipatía la servidumbre, y por eso, después de la jornada de Farsalia se retiró á Mitilene con resolución de pasar allí el resto de sus días retirado en la tranquilidad del estudio, sin pedir, y aun sin admitir gracia del vencedor. Bruto le hizo una visita, y vió, según dice Cicerón, que era feliz cuanto un mortal podía serlo en aquel tiempo tan miserable, por la inocencia y moderación de sus deseos: cercado de sabios y filósofos griegos, aplicado con indecible ardor al estudio y tan contento con su situación, que Bruto creyó, al partir para Italia, que él era el desterrado y no Marcelo.

Su matador Magio era de una familia que había tenido algunos empleos, y él mismo había sido cuestor. Puesto bajo la protección de Marcelo, siguió su partido en la guerra y en el destierro, y volvía á Roma con él. Sulpicio no explica el motivo que tuvo para cometer aquella maldad, y como se mató inmediatamente, es claro que quiso cubrirlo con su propia sangre. Cicerón sospechó que, estando lleno de deudas y temiendo que al volver á Roma le molestasen sus acreedores, pidió á Marcelo que las pagase ó le saliese por fiador, y que no habiendo querido ejecutarlo Marcelo, se enfureció y tomó el expediente desesperado de matarle y matarse. Otros pensaron que lo había hecho por celos de que Marcelo prefiriese á algunos que no eran tan acreedores como él á la amistad.

La noticia, contada con sus terribles circunstancias, llenó de horror á toda Roma, y como sucedió en tiempos tan revueltos, cuando naturalmente se sospechaba de todo, hubo muchos que achacaron á César aquel asesinato. Esta idea cundió de tal suerte, que á todos sobrecogió de temor, creyéndose cada cual en peligro, cuando un hombre de tales circunstancias y de tanta nobleza como Marcelo no había estado seguro. Cicerón mismo no se libertó de él y miró aquel funesto acciden.

te como preludio de otras ruinas mayores. Sus amigos contribuyeron á aumentar sus recelos, advirtiéndole que de todos los senadores consulares él era el más expuesto á la envidia. Atico pensaba lo mismo y le exhortaba con calor á que tomase sus precauciones y cuidase de su persona, asegurándose por todos los medios y pruebas de la fidelidad de las gentes que le servían y le andaban alrededor. Pero los amigos de César disiparon inmediatamente tan negros cuidados, y cuando se supieron mejor las circunstancias del homicidio, todo el mundo conoció que no había tenido más impulso que el furor de Magio.

Al mismo tiempo se esparció otra especie que podía traer consecuencias mucho más peligrosas si no la hubiesen atajado tan á tiempo. Un impostor comenzó á decir que era nieto de Cayo Mario, y con solo este nombre comenzó á tener gran séquito en Italia. Tuvo la avilantez de escribir á Cicerón una carta muy patética que le envió por medio de algunos de los que había atraído á su partido, en la que procuraba probar su nacimiento y obtener protección contra los enemigos del nombre de Mario «rogándole por el parentesco de sus familias, por el poema que Cicerón había escrito en honor de su abuelo, por la elocuencia de su bisabuelo materno L. Craso que se interesase en su fortuna y tomase la defensa de su causa.» Cicerón le respondió: «Que siendo pariente de César, cuya generosidad conocía todo el mundo y que tenía el poder en su mano, no necesitaba de otro protector; y que, sin embargo, el también le ayudaría en lo que pudiese.» La impostura duró poco, porque César averiguó pronto que el supuesto Mario era un albeitar llamado Herofilo, y se contentó con desterrarle de Italia.

Ariarates, hijo y heredero presunto de Ariobarzaes, rey de Capadocia, vino en el curso de este año á Roma,

y Cicerón, que había mantenido siempre buena correspondencia con su familia, sobre todo desde que en su consulado confirió el título de rey á su padre, creyó conveniente enviarle un criado á su encuentro para ofrecerle su casa; pero se había anticipado Sextio, encargado de aposentar á expensas del público los príncipes extranjeros y embajadores que venían á Roma. Cicerón se alegró de esto, porque no estaba para muchos gastos extraordinarios, y escribió á Atico: «Ariarates viene sin duda para comprar á César algún reino, pues del suyo no tiene un palmo de tierra sobre que estar en pie».

Continuaba en Cicerón el gusto á estar solo leyendo y escribiendo día y noche y se aplicó al estudio de aquella misma filosofía que tanto había cultivado en su juventud y que entonces volvía á amar con más pasión, por lo que, viéndose en la necesidad de renunciar á las cosas del gobierno, sin poder ser útil de otra manera que trabajando en reformar las costumbres y en instruir la juventud, se propuso escribir en su lengua todas las partes de la filosofía, para que los romanos no tuvieran que acudir á los griegos. El primer fruto de esta aplicación fué un diálogo que intituló *Hortensio*, en honor y memoria de aquel ilustre amigo. Trató en él de la defensa de la filosofía, oponiéndose á todas las objeciones hechas contra ella. Hace muchos siglos que se perdió esta obra, pero sabemos que San Agustín, como él mismo confiesa, debió á su lectura el gusto que adquirió por el estudio de la filosofía cristiana.

Poco tiempo después publicó otro tratado, dividido en cuatro libros para explicar y defender la doctrina de los Académicos, que era la que profesaba. En esta obra comprendió otras dos que había publicado antes sobre el mismo asunto, una titulada *Lúculo* y otra *Catulo*. El nuevo tratado lo dedicó á Varrón, y de sus cuatro libros sólo quedan una parte del primero y la primera

edición del segundo, que conserva el nombre de *Lúculo*.

En este mismo año publicó otra de sus mejores obras, titulada *De finibus* ó del principal bien ó mal de las cosas, compuesta según el método de Aristóteles. En ella explica con igual claridad que elegancia las opiniones de todas las sectas de filósofos sobre esta gran cuestión.

Siguió inmediatamente á dicha obra la titulada *Cuestiones tusculanas*, aumentando más y más su reputación. Por aquellos días compuso también Cicerón un *Elogio fúnebre* de Porcia, hermana de Catón y mujer de Domicio Enobarbo, enemigo irreconciliable de César. Esto prueba cuán lejos estaba de lisonjear servilmente á los vencedores. Es sensible que este *Elogio* se haya perdido, pues consta que Cicerón lo corrigió cuidadosamente.

En este intervalo perseguía César á los hijos de Pompeyo, y después de haberlos vencido con increíble dificultad en España, se hallaba ocupado en restablecer la paz y la sumisión de aquella provincia, sin embargo de lo cual usó con Cicerón la fineza de escribirle de propio puño, dándole parte de sus empresas y designios.

Hircio le avisó también la derrota y fuga de los hermanos Pompeyos, cuya noticia no le causó pesar alguno, sabiendo que de la victoria, fuese de quien fuese, ningún bien resultaría al Estado, y además tenía tal opinión de la brutalidad y fiereza del carácter de Sexto Pompeyo, que casi deseaba fuese vencido por César.

«Hircio me escribe, dice en una de sus cartas, que Sexto Pompeyo se ha retirado de Córdoba, huyendo á España citerior; y que su hermano Cneo se ha escapado no sé á dónde, ni me cuido de saberlo».

Este modo de pensar, general entre todos los apasionados de la República, se ve más claramente expreso en una carta de Casio á Cicerón. «Estoy, dice, con mucho

cuidado, porque, á decirte la verdad, más quiero sufrir un amo conocido y clemente que probar otro nuevo y cruel. Ya sabes qué especie de loco es aquel Cneo que tiene por virtud la crueldad, y que se le ha puesto en la cabeza que hacemos burla de él. Temo que se desquitaría rústicamente de nuestras zumbas con la espada».

El joven Quinto Cicerón, que se hallaba con César en España, volvió á pensar que el mejor medio de hacerse agradable y adelantar su fortuna era hablar mal de su tío, y así lo hacía en todas las ocurrencias y ocasiones. Cicerón decía á Atico: «No hay nada de nuevo, sino que Hircio, por defenderme, tiene que reñir continuamente con mi sobrino Quinto, que no cesa de hablar mal de mí, particularmente en los convites. Tampoco perdona á su padre; y lo menos que dice es que ambos somos enemigos irreconciliables de César, que no debe fiarse de nosotros y, sobre todo, que yo soy de temer. Esto sería cosa terrible si nuestro Rey no me tuviese por hombre de ningún valor».

Atico procuraba por todos los medios posibles moderar la impaciencia de Cicerón, que gemía al ver que cada vez se apartaba más y más el gobierno de su primitiva forma, y le exhortaba á manifestar más estimación de la amistad de César. Este se le ofrecía con tan buen modo y sinceridad, que cuando Cicerón se desahogaba con quejas continuas de su esclavitud, Atico le advertía que si la cortesía, atenciones y servicios eran señales de sumisión, más parecían ser esclavos suyos los vencedores que no él de ellos. Le instó además para que compusiese alguna obra y la dedicase á César. Cicerón lo repugnaba, conociendo que le sería imposible librarse de la tacha de adulador, cosa que le envilecería; pero como todos los demás amigos le instaban, cediendo al fin á los consejos de Hircio y Balbo, escri-

bió un libro en forma de carta dirigida á César. El asunto era exhortar á éste á restablecer la paz en la República y darle algunos consejos sobre la guerra contra los Partos, proponiéndole que la difiriese hasta haber afirmado el orden y la tranquilidad en lo interior del Estado. Esta carta no contenía cosa que no fuese digna de un romano, pero estaba escrita con tal espíritu de libertad, que á Hircio y á Balbo pareció demasiada, y por ello Cicerón no se atrevió á publicarla. Cuando Atico, que la había aprobado, le hizo nuevas instancias para ello, le respondió con la nobleza y valor que se ve en esta carta :

«Creo haber hecho bien en mostrar á los amigos de César mi carta antes de enseñárosla. Es una atención que se les debe, y, por otra parte, sería peligroso para mí que, habiendo hecho lo contrario, se hubiesen ofendido. La franqueza con que me han dicho su sentir me ha gustado infinito, y me viene muy bien, porque siendo necesario, para dejarla como ellos quieren, refundirla toda, puedo excusarme de volverla á escribir. Si yo le hablaba de la guerra de los Partos, era por juzgar que esta conversación le gustaría; ¿pues qué objeto podía tener mi carta sino el lisonjearle? Si se tratara de darle consejos, ¿me faltarían palabras con qué expresarlos? Dejemos, pues, estar la tal carta, ya que nada vamos á ganar con que guste y arriesgamos mucho en contrario.

»A esto se añade que habiendo estado tanto tiempo sin escribir á César, podría creer muy bien que yo esperaba el éxito de la guerra para ejecutarlo; siendo igualmente de recelar pensase que mi carta era una especie de excusa ó lenitivo por el elogio que hice de Catón. En una palabra, ya estaba yo arrepentido de haberme empeñado en tal escritura, y celebro infinito que no haya gustado, pues me habría expuesto á la censu-

ra y malignidad de los cortejantes, sin exceptuar á tu sobrino».

En otra ocasión, dice: «En cuanto á escribir á César, te juro que me es imposible, no porque me embarace la vergüenza, aunque debiera, por lo feo que me sería bajarme á la adulación, sobre serlo ya el vivir. Una vez que empiece no me detendría en esto; pero quisiera ejecutarlo según me corresponde, y no sé por dónde echar. Acuérdate de los discursos que tantos hombres grandes dirigieron á Alejandro Magno. Todos eran consejos á un príncipe joven que aspiraba á la verdadera gloria y deseaba saber el camino. Para este noble asunto no les podían faltar palabras; pero yo en el mío, ¿cómo lo he de hacer? Sin embargo, de un zoquete formé una imagen algo parecida al original, pero como en ella hay algunas cosas mejores que las que se hacen y han hecho, no ha merecido aprobación; lo que celebro infinito, pues te aseguro que para mí sería una pesadumbre el que la tal carta se hubiese enviado. ¿No ves cómo aquel discípulo de Aristóteles, que mostró al principio tanta modestia, unida al espíritu más elevado, después que llegó á reinar se manifestó soberbio, cruel y sanguinario? Un hombre como el nuestro, cuya imagen se pone con las de los dioses y que se coloca en el templo de Quirino, ¿crees tú que leería con gusto mi carta, llena de moderación? Más vale que se queje de que yo no la escriba, que de lo que le escribo. Y, en fin, piense lo que pensare, ya estoy libre de un embarazo que también lo era para ti. Ahora casi deseo lo que antes temía; y haga lo que quiera».

La otra carta añade: «No hablemos más de la carta á César, el cual escribe á sus amigos, según ellos dicen, que no irá á la guerra de los Partos hasta después de haber puesto en orden los negocios de la República, y esto es lo mismo que yo le decía en mi carta. ¿Pero

crees tú que César espere mis consejos para determinarse á lo que ha de hacer? Dejemos estas vanidades, amado Atico, y seamos libres á medias, ya que no lo podemos ser del todo, y lo conseguiremos estando calladitos y retirados».

Este incidente, aunque al parecer pequeño, excita una reflexión muy natural sobre los efectos que produce siempre el dominio arbitrario, arruinando y oprimiendo los talentos y extinguiendo la verdad y el juicio. Aun no había acabado de expirar la libertad en Roma, cuando vemos el mayor ingenio que produjo la República, hallarse embarazado en lo que escribiera y en la manera de explicarse y tomar el expediente de suprimir su obra, temeroso de ofender al que usurpaba el mando. Esta misma causa fué la que hizo decaer gradualmente la lengua y genio romanos, desde aquella perfecta elegancia que se admira en Cicerón, hasta la grosería y barbarie que notamos en las producciones del Bajo Imperio.

No pensaba César en desprenderse de ningún modo de su poder, y de este principio venía la consideración y amistad que mostraba á Cicerón, igualmente que la conducta fría y reservada de éste con él. César hubiera querido hallar algún medio de hacer tolerable su autoridad á un ciudadano que detestaba la tiranía; y es creíble también le temiese, no por juzgarle capaz de ningún atentado contra su vida, sino por la inquietud que le causaban sus insinuaciones, sus apodos y su autoridad, que podía despertar en otros la idea de alguna violencia. Por otra parte, deseaba conseguir de él algún testimonio público de aprobación y procurarse en sus escritos una especie de recomendación para la posteridad.

Cicerón, al contrario, viendo que César nada hacía para restablecer la República, y que cada vez se desva-

necían más las esperanzas que concibió al principio, despreciaba todo lo que no era relativo á este objeto. La única cosa que podía hacerle sinceramente aceptar la amistad del vencedor y hablar de él con algún respeto, era la esperanza de la libertad. Fuera de esto no había favor que valiese, porque el recibirle de un amo era una afrenta para su dignidad, y encubrir sus falsas apariencias una miseria verdadera. El estudio era, pues, su único recurso; en él estaba tranquilo, y mientras se entretenía con sus libros se figuraba ser libre.

En una carta á Casio, hablando de aquella desgraciada situación, le dice: «Me preguntarás que dónde está mi filosofía. La tuya bien sé que está en tu cocina; pero la mía me molesta porque me avergüenzo de ser esclavo. Procuro distraerme con otras cosas, por no incurrir en lo que reprende Platón».

Antes que César volviese de España, partió Antonio de Italia para ir á cumplimentarle en el teatro mismo de sus triunfos, ó, á lo menos, á encontrarle por el camino; pero el día mismo que se puso en viaje recibió órdenes que le hicieron volver atrás con precipitación. Esta novedad puso en grandes temores á toda la ciudad, especialmente á los del partido de Pompeyo, porque temían seriamente que César, después de haber superado todos los obstáculos, pusiese en ejecución el proyecto de deshacerse á sangre fría de todos sus enemigos, y que enviase delante á Antonio para empezar aquella sangrienta escena. Cicerón mismo tuvo este miedo hasta que Balbo y Opio le aseguraron lo contrario, manifestándole los motivos de la vuelta de Antonio, motivos que sólo para él eran causa de disgusto. Había éste comprado las casas de Pompeyo y todos sus muebles en la venta que César hizo de sus bienes confiscados, y, fiando en su influencia, pensaba no pagar nada; pero César, disgustado por sus extravagancias y

vicios, estaba muy ajeno á hacerle aquella gracia y, tomando el tono de amo, envió orden á Lucio Planco, pretor de Roma, para que le hiciese pagar cuanto debía, y Planco lo ejecutó vendiendo hasta las hipotecas y fianzas. Esto fué lo que le hizo volver á Roma con tanta precipitación, para ver si podía remediar aquel caso vergonzoso y buscar medio de satisfacer á César; pero quedó tan resentido, que se dijo había entrado en una conspiración contra la vida de su protector. A lo menos, éste se quejó de ello públicamente en el Senado.

Acabada la guerra de España con la muerte de Cneo Pompeyo y la fuga de su hermano Sexto, compuso César la respuesta que hacía mucho tiempo meditaba al elogio de Catón hecho por Cicerón, y la envió á Roma, donde se publicó al instante. Éste aprovechó aquella oportunidad para darle gracias por la atención con que le trataba en aquella obra y la enhorabuena por la elegancia de su estilo. Comunicó esta carta á Balbo y á Opio, quienes la enviaron inmediatamente á César. Dando noticia á Atico de todo esto, le dice: «No te he remitido copia de la carta que he escrito á César antes de enviársela, porque se me pasó por alto y no por la razón que tú sospechas de que me avergonzase de mostrar una ridícula adulación; pues has de saber que le he escrito como de igual á igual. Sus dos libros contra Catón me han parecido en realidad muy bien, como te diré cuando hablemos de ellos. Por consiguiente, no ha sido adulación lo que le he escrito. Es verdad, no obstante, que he medido las expresiones de manera que nada habrá leído con tanto gusto».

César volvió á Roma en el mes de Septiembre, y despojándose de la dignidad de cónsul, la confirió para los tres meses que faltaban de aquel año á Quinto Fabio Máximo y Cayo Trebonio. Inmediatamente después se ocupó de preparar su triunfo, que fué el más magnífico

de cuantos había visto el pueblo romano; pero éste, en vez de admirarle y de aplaudir al triunfador, guardó el más obstinado silencio en señal del dolor que le causaba una fiesta motivada por la pérdida de la libertad y la ruina de las más ilustres familias de Roma. Las mismas señales de tristeza habían notado ya poco antes en las fiestas del Circo, en cuya procesión la estatua de César iba en medio de las de los dioses de Roma. Cuando pasaban éstos solía el pueblo aclamarlos; pero en aquella ocasión no lo quiso hacer porque no se creyese que aclamaba á César. Atico escribió estas noticias á Cicerón, el cual le respondió: «Tu carta me ha sido infinitamente agradable, aunque contiene la relación del más triste espectáculo. ¡Viva un pueblo tan generoso que no aplaudió á la misma victoria por la mala compañía que llevaba! Bruto ha pasado por aquí y me ha instado para que dedique alguna obra á César. Le dije que muy bien, pero que se hiciese cargo de esa pompa».

César no desmayó por ver la frialdad del pueblo y tomó otro camino para ponerle de mejor humor, dando á toda la ciudad dos suntuosísimos banquetes, en que prodigó los vinos más generosos de Falerno y de Chío.

Pocos días después de este triunfo tuvo el mismo honor el consul Fabio, uno de los tenientes de César en la guerra de España, por haber sujetado una parte de aquella provincia; pero la magnificencia de la fiesta precedente eclipsó esta segunda y la hizo casi ridícula, porque en la primera los modelos de las ciudades conquistadas que se presentaban en semejantes funciones como lo más principal de la pompa eran de plata y de marfil, y en la de Fabio eran de madera, lo que dió motivo para que Crisipo dijese que las figuras de Fabio eran los estuches de las de César.

Cuando se acercaba César de vuelta á Roma, después

de terminar la guerra en España contra los hijos de Pompeyo, escribió Lépido á Cicerón que volviera también á la ciudad, asegurándole que César y él se lo estimarían mucho. Cicerón siguió el consejo de sus amigos, que hacía tiempo le rogaban abandonase la soledad, y pocos días después de llegar César á Roma, tuvo aquél ocasión de ejercitar su elocuencia en favor de su amigo el rey Deyotaro. Este príncipe había perdido una parte de sus Estados por seguir constantemente el partido de Pompeyo y estaba entonces en peligro de perder lo restante. Su propio nieto le acusaba de haber conspirado contra la vida de César, cuando se alojó en su palacio cuatro años antes al volver de Egipto. La acusación era ridícula y sin fundamento, pero, estando en desgracia todo se podía temer, viéndose ya claro en la formalidad con que se oía la acusación que se buscaban pretextos para acabarle de despojar. Cicerón hizo su defensa en casa de César, pintando con colores tan vivos la malicia del acusador y la inocencia del acusado, que César no supo qué partido tomar entre la resolución de no absolverle y la vergüenza de condenarle, y echó mano del arbitrio de diferir la sentencia para el primer viaje que hiciera á Oriente, con pretexto de tomar informaciones más exactas en el mismo país. Cicerón se quejó más adelante de que Deyotaro jamás pudo conseguir de César, no sólo favor, pero ni aun justicia.

Su defensa, de la cual envió copia á dicho príncipe, dice así: